

que vaga sin sentido, sin guía, sin brújula, sin estrella, y sin deseos exactos, por los senderos capciosos que le fingen amables las palabras de los conductores, vió en él un profeta, tal como son los profetas de ahora, así, humildes, en la voz de sus profecías y tal como fueron siempre, vagos como el pueblo, inciertos como él, y como él, aspirantes permanentes a un tercer reino que no se nombra nunca, y que no tiene forma sobre la tierra.

Alberto Lleras Camargo

### Rendón...

(Viene de la página 376)

medir el área de la conciencia individual. Era como un confesor irresistible. No hubo cara humana que le negase sus secretos. A sus innumerables admiradores les parecía que había en él un prurito de afejar el aspecto de sus semejantes. Creíamos que deformaba la cara de sus víctimas para hacerlas más odiosas. No había en él tal propósito. Se colocaba en posición favorable para desvanecer el abultamiento de ciertas líneas; suprimía lo que las ficciones sociales, las convenciones de muchos siglos han aglomerado sobre la cara de los individuos, y destacaba ante los espectadores de su obra lacónica las cualidades del ser humano.

He hablado de víctimas porque estoy pensando de prisa. Su lápiz les concedía el título de inmortales a las personas que fijó en rasgos indelebles para enseñanza de las presentes y de las futuras generaciones. A las verdaderas personalidades no las inmortalizó, si ellas merecían la inmortalidad, pero fijó en trazos imperecederos sus grandes debilidades, con lo cual les hizo un servicio a la historia y a los archivos de la psicología. Antes de Rendón conocíamos a nuestros grandes hombres, a nuestras notabilidades de parroquia, a las vanidades sin base de sustentación, tan sólo por la apariencia engañosa de sus sonrisas estrepitosas, de sus gestos de convención; hoy tenemos de ellas una imagen más precisa. Su rostro no nos engaña. Rendón levantó la tapa de los sesos a muchas personas para que pudiéramos observarlas sin privarlas de la existencia. Es un servicio incomparable. Pensemos en lo que darían los historiadores del momento si pudieran hojear un álbum en que estuviesen expuestas con franqueza por medio de trazos tan lacónicos, tan firmes y tan expresivos como los favoritos de Rendón, las debilidades de Sócrates, las aspiraciones de Platón, las vanidades de Alcibiades, las ambiciones de César, las puerilidades y vacilaciones de Cicerón. No cayeron bajo su lápiz tipos tan enhiestos; pero a todos los que sirvieron de modelo a este pintor de las almas les hizo el favor de inmortalizarlos o les prestó el flaco servicio de preservarlos del olvido. Muchos de ellos habrían desaparecido si a Rendón no le hubiese asaltado el deseo de prestarles vida real en sus terribles cartones.

En este artista enterramos una ilusión colombiana de justicia que no tuvo otro nombre que el suyo. El pueblo no fue exigente con su profeta. Por eso no podemos decir —ni hay necesidad de decirlo— que nunca tuvo su lápiz, al realizar la prodigiosa obra de sanción y de anhelo, la tosquedad sencilla de las manos. Hubieran podido ellas ser más doctas y minuciosas, pero no hubieran recibido, por eruditas, más cantidad de espíritu, ni más misión de Dios.

Y lo que se dice de los hombres se dice de la época. Vivimos en un siglo en que hemos visto empequeñecerse todo, desde las heroicas virtudes de la guerra hasta las acciones de desprendimiento en los humildes. Está época gris, desolada, indiferente a los nobles impulsos, testigo glacial de las grandes velocidades en el aire, en el mar, en las carreteras y en los coreográficos, aparece sin grandeza en las sobrias creaciones de Rendón. Porque fue un creador en efecto. De un cómico alemán se dijo el día de su muerte que con él habían desaparecido innumerables personajes a los cuales los autores dramáticos no les habían dado sino una existencia incompleta... Rendón completó la obra de los progenitores en el caso de sus caricaturas. Nosotros habíamos visto del señor X una faz que él se había hecho mejorando la obra de sus padres, delante del espejo. El artista de las almas completó esa figura por un paradójico procedimiento de eliminación... ¿Qué imagen estudiarán con mayor empeño el sicólogo y el historiador del porvenir, el retrato del señor N, erguido sobre sus zapatos de charol, cubierta la espalda con el frac, la cabeza engomada de hace unos minutos y los guantes de haz dentro de unas manos no acostumbradas a llevarlos calzados o el resumen breve del mismo individuo en su bestia mular, con el gesto de la inconsciencia o de la malignidad ingénita señalado en líneas eternas? No es preciso adolecer de refinada sutileza para decidirse por la figura sencilla que debemos al humorista del lápiz

En muchas ocasiones la obra de Rendón parecía como si adoleciese de un exceso de ferocidad. No era culpa de su arte, sino de la precisión con que captaba la realidad. No merece el calificativo de feroz el cirujano que abre un cuerpo vivo y señala las miserias que se ocultaban bajo una epidermis tersa, rosada y engañosa. Tampoco hay ferocidad en el operador de la máquina radiográfica que señala las partes duras en el cerebro de su cliente. Así operaba Rendón, cuya naturaleza era ante todo y para deleite de sus admiradores, artista convencido. Si acaso podría señalarse en su obra un gran

sentimiento de conmiseración para con los débiles, para con los humillados y ofendidos. Señalaba, si mal no recuerdo, el profesor saxoamericano Brander Matthews, la circunstancia de que el humor de su país, según aparecía en los chistes y caricaturas de las gacetas cómicas se ejercía principalmente contra los negros, los irlandeses y las suegras. Verá el lector que en este caso había sin duda señales de ferocidad porque tales predilecciones emanan de falta de conmiseración para con el desvalido o subalterno. El negro expuesto a la barbarie del blanco meridional, oprimido, separado del resto de la sociedad por preocupaciones raciales, castigado con extrema severidad por faltas leves, linchado frecuentemente, indefenso ante sus opresores merece más bien la compasión que la burla. El irlandés era el hombre sin patria, emigrado en busca de condiciones más clementes de vida y obligado por la necesidad a ejercer oficios innobles. La suegra era un ente subalterno y desclasificado. Era. Hoy ha mejorado de condición porque ha perdido su singularidad. En aquel país antes de ahora, cada hombre tenía una suegra objeto de su execración, a lo sumo dos. Pero en nuestros días cada saxoamericano por virtud del divorcio tiene tantas suegras como conocidas, y las madres de familia no pueden conservar en su tenaz memoria la lista de sus innumerables yernos. En tiempo de Brander Matthews, sin embargo, estas tres especies indefensas y más o menos oprimidas eran el blanco del humor saxoamericano, casi exclusivamente. Allí podía hablarse de ferocidad, de rencor anticristiano, de crueldad para con el desvalido.

Recorriendo los libros que nos ha legado el arte sobrio y hondamente interpretativo de Rendón no encontramos nunca un sarcasmo, una línea malévolamente aplicada a la gente oprimida o necesitada. Su crítica acerada y justa casi siempre se ejercía contra los magnates, los opresores, los tunantes; contra las pretensiones carentes de base, contra la petulancia de los poderosos y la insulsez de los pedantes. Su alma era cristiana. Contra estos mismos sujetos blandía le espada de su sencilla elocuencia, el personaje principal de los evangelios.

Nació para expresarse en líneas y en frases cortas. Algunas de sus composiciones pertenecen al sagrado género de las parábolas. Fue parco en el hablar; parecía tímido y reservado. Sin duda este mundo en que vivimos le parecía necio, malvado y de imposible redención. Su burla nunca tuvo propósito de corregir ni de enseñar. Era un artista puro.

Nació en mi ciudad natal. Le tuve en grande aprecio, pero no me fue dable manifestárselo nunca, porque su alma de elegido se recogía súbitamente ante los peligros del elogio.

B. Sanin Cano (De Lecturas Dominicales, Bogotá.)